



Capítulo 84



ARGUEDAS:

LA DINÁMICA DE LOS ENCUENTROS CULTURALES

TOMO III

Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales. Tomo III
Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores

© Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores, 2013

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Concepto gráfico: Lala Rebaza

Diseño de interiores: Mónica Ávila Paulette

Carátula en base al afiche *Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales*

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2013

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-612-4146-39-8

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-07738

Registro de Proyecto Editorial: 31501361300396

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Encuentro con Arguedas

SEVERINO DE LA CRUZ



Los provincianos de mi época conocimos a Arguedas muy tarde, debido a nuestro limitado acceso a la cultura. En mi caso, no obstante que el pueblo de San Juan fue fundado por los españoles, en la fecha en que llega Arguedas niño allí vivían los directos descendientes de esta casta y los comuneros vivían fuera del pueblo. Este pueblo fue años atrás capital de la provincia de Lucanas, pero inexplicablemente se carecía en el pueblo de estudios superiores. Por ejemplo, recién en 1950 la señorita Glicería de la Torre Rojas se gradúa de normalista. Para los años sesenta, algunos profesores más; ya para adelante, y en todo el país, habrá muchos profesionales. Esto seguramente influyó para que nunca en nuestra escuelita ningún maestro nos dijera algo de Arguedas, pese a que él había ido a San Juan repetidas veces a visitar a doña Cayetana Gutiérrez, a quien le decía «mi madre india», y a su amigo don Felipe Mayhua Molina. Otro ejemplo es que el director de mi escuela y profesor de quinto año, un abnegado maestro, lastimosamente tenía solo quinto año de primaria, igual que nosotros.

En 1951, al terminar mi instrucción primaria, entré a trabajar a la mina de San Juan que había oficialmente entrado en explotación. Solo cuatro de mis compañeros fueron a Puquio a estudiar

secundaria. En seis años en las minas prácticamente olvidamos lo poco aprendido en nuestra escuelita. En 1957 se funda el Sindicato de Trabajadores Mineros. Para entonces, en los socavones se trabajaba diez horas diarias. Nuestro sindicato se registra al año de su fundación en el Ministerio de Trabajo. Ese año fue sido crucial para los jóvenes y particularmente para mí, porque ese año conocimos en la práctica el rostro del capitalismo, también sufrimos despidos y detenciones de los dirigentes. Nos afiliamos a la Confederación de Trabajadores del Perú (CTP) y pronto nos desafiliamos, desengañados. Lo positivo fue que nuestro sindicato nos vinculó con federaciones como la Bancaria, Construcción Civil, Federación de Estudiantes del Perú, etcétera. De este modo, se abrió para nosotros un panorama distinto en nuestro centro de labor, tanto en el ámbito nacional como internacional. Llegaron a nuestras manos los primeros folletos del sindicalismo clasista; nuestras relaciones con los estudiantes hicieron que entendiéramos la valía de los intelectuales identificados con los trabajadores. Allí me hablaron de Arguedas y me aconsejaron que aproveche mi estadía en Lima para conocerlo. Así, fuimos los estudiantes y yo al Museo de Alfonso Ugarte. Llegamos y la puerta estaba cerrada; el estudiante Julio Pikman, que ya lo conocía, dijo «el doctor trabaja así», y tocó la puerta. Nos hizo pasar. Los jóvenes se encargaron de presentarme. El doctor me abrazó porque era de San Juan y me hizo varias preguntas como quien quiere asegurarse de que efectivamente yo era lo que decía; luego de mis respuestas noté una particular alegría en su rostro. Al despedirnos el doctor dijo: «Severino se queda», y me llevó a su casa en jirón Chota. Me presentó a su señora esposa Celia Bustamante. La señora me trató con mucha amabilidad y al despedirme me dijo: «Cuando regreses a Lima no gastes en hotel, vente acá». Nunca pude ir, pues mis tareas sindicales me obligaban a las coordinaciones de madrugada y en las noches, pero me iba en mis horas libres, los días que no había reunión con la empresa, los sábados y domingos. Nuestra amistad aumentó, yo diría se consolidó: el doctor me llevaba a sus reuniones, mesas redondas. Me presentó a amigos suyos, la mayoría extranjeros; lastimosamente muy poco aprendí del fondo de los problemas que trataba.

Un día nos sentamos solos a la mesa en su casa y hablamos íntimamente. El teléfono sonaba a cada instante, como siempre; entonces lo descolgó. Me habló de lo complicado y difícil de su vivencia en San Juan, del sello que uno lleva al perder a mamá. En mi mente se dibujaba también mi destino, pues yo, al igual que él, perdí a la mía cuando apenas tenía dos años. Pasó a decirme:

Cuando determinaron que viviera con la servidumbre pensé en lo peor; pero ellos eran laboriosos, responsables, alegres; se reunían en las noches para contarse cuentos y adivinanzas; pero, más que todo esto, eran muy solidarios. Doña Cayetana me hacía bailar en su falda. De este modo ellos llenaron el vacío de la pérdida de mi ser querido. Luego de vivir buen tiempo con ellos me preguntaba: ¿por qué tiene que sufrir tanto esta gente sana y servicial?

Luego me detalló cómo cruzó el riachuelo de Wallpamayo y por dónde trepó la accidentada ladera para llegar al maizal en el cual por primera vez en su vida quiso morir. También me dijo que le dolía mucho en esos años ver el maltrato que padecía la servidumbre y la pobre gente, que en un descuido sus vaquitas pasaban a los pastizales de los señores. Pero sostenía que el problema de San Juan se repetía en toda la serranía; también en las barriadas de las grandes urbes donde la gente vive sin agua, luz eléctrica, escuela, ni posibilidades de alcanzar un trabajo digno. Para mí, el problema de los mineros también era igual de penoso porque sin protección alguna inhalaban silicosis diariamente. Pasó a explicarme del gigantesco problema del país. Me dijo luego: «El Perú a muy pocos le importa; tal vez a ningún político criollo». Opiné que hay tantos partidos de izquierda como el liderado por el doctor Jorge del Prado, a los que sí les importa. Contestó: «No son idóneos, de ellos no se espera nada». Me di cuenta de que había una infranqueable discrepancia y preferí callar.

«Esta realidad obliga a un comportamiento comprometido de todos los dirigentes, sean obreros o campesinos», sentenció. «Además, hay que leer y leer». Señalándome, dijo: «Tú tienes que escribir». Respondí arguyendo que yo no sabía ni leer bien y, por tanto, cómo podía escribir. Me cortó la palabra: «No es necesario ser literato, hay que tener apuntes, la experiencia que uno adquiere es útil para la historia personal, más aún para los que en uno confían».

De pronto pasó a contarme acerca de sus amigos como Felipe Mayhua y José Delgado, de cómo se colocaban apoyadas sus espaldas en el muro del patio de la casa de la patrona con los rostros al cielo. Y él se colocaba en medio de estos dos peones y Felipe comenzaba a nombrar las estrellas por sus nombres. Explicaba cuando era tiempo malo, tiempo bueno para sembrío y respondía todas sus inquietudes de niño. Luego me señaló los lugares de Accola, anexo de San Juan, el lugar del cual lanzaban el *wincullo* con Bancucha y amigos de la escuela; el entusiasmo con el que acudían todos los muchachos al *cuchi-manchay* («amansar cerdos»). «Pese a los problemas la gente, y sobre todo los muchachos, vivíamos muy alegres,

como si algo nuevo mañana nos llegaría», sentenció. Quiero aclarar que algunos estudiosos aseguran que Arguedas estudió en Puquio por mala intención o por desconocimiento del lugar: pero él estudió en San Juan, y San Juan está a quince kilómetros de distancia de Puquio. Igualmente vivió en San Juan en la casa de la señora Grimanesa, su segunda esposa.

Entonces me dijo: «Severino, en uno de mis trabajos te voy a poner como personaje principal» y me regaló tres libros autografiados, le agradecí y me olvidé. En cuanto a los libros solo me queda uno («Canto a nuestro padre Túpac Amaru»). Mis hijos lo tienen como la herencia más valiosa y me lo prestan solo en casos especiales, como este, para mostrarlo.

Nunca advertí las desavenencias con la señora Celia. En una oportunidad, cuando me despedí para retornar a San Juan, me dijo que dentro de poco estaría viajando a Santiago de Chile, que le desee suerte. A mi retorno de San Juan lo encontré con Sybila. Yo no era nadie para dar mi opinión sobre lo que había pasado. Sybila, muy joven, hablantina, muy lista como toda criolla, llegó a apreciarme con la franqueza que la caracteriza, y gracias a ella se publicaron sus obras completas.

Me despidieron de la mina de San Juan, luego ingresé a las minas de Cerro de Pasco, en el campamento de Yauricocha, pronto pasamos a Chumpe, a dos kilómetros, a inaugurar la concentradora; fundamos el Sindicato de Chumpe y su biblioteca. Viajé a Lima para tratar el pliego de reclamos junto con los catorce sindicatos que pertenecían a catorce centros mineros de la empresa Cerro de Pasco, que años después fueron nacionalizados por el presidente general Juan Velasco Alvarado con el nombre de Centromín Perú. Los delegados teníamos la tarea de coordinar métodos, estrategias, argumentos, etcétera, para la discusión del pliego de reclamos con los representantes de la empresa. A temprana hora ya circulaban los periódicos *Ojo* y *Correo*. Compré *Correo* y en la primera página decía «Que doblen las campanas, que caiga lluvia de lágrimas pues ha muerto uno de los pocos hombres que de verdad quería al pueblo». Más abajo se explicaba el suicidio de Arguedas. Rogué a mis compañeros que me dieran permiso y me fui a la clínica. Allí no dejaban pasar a nadie porque aún vivía; a los tres días falleció. Me fui a La Molina, al velatorio, y junto con los estudiantes hicimos fogatas; nos quedamos toda la noche; al día siguiente llevamos el cuerpo a la plazuela del Hospital Dos de Mayo. La plazuela estaba llena de jóvenes sanmarquinos y de otras universidades. De allí, en hombros al cementerio El Ángel. Se presentaron sus amigos músicos,

los danzantes de tijeras y un estudiante se encargó de hablar. Estaban presentes los edecanes del gobierno y un grupo numeroso de personalidades intelectuales. Un joven pronunció un discurso muy duro.

Los consejos del doctor Arguedas me guiaron y convirtieron en un militante sindicalista y dondequiera que me tocó trabajar, actué en el sindicato e inauguré una biblioteca, sin falta. Ayudamos a la Fundación de la Federación de Trabajadores Mineros del Sur del Perú con sede en Marcona. Ayudamos en la refundación de la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP), al igual que en la creación y equipamiento de la Biblioteca y Escuela de Nutrición de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y la creación de la Biblioteca de San Juan de Lucanas. En los momentos difíciles sentía a Arguedas diciéndome «necesitamos dirigentes comprometidos con nuestro pueblo». Y yo entendía claramente que una de las causas de nuestra condición de explotados y marginados es la ignorancia, a la que intencional y planificadamente nos sometió el colonialismo, antes, y el imperialismo, después. Por eso la educación es lo primero y el hábito de la lectura es tarea de todos. Y Arguedas debe ser difundido, estudiado por todos los escolares, colegiales, universitarios, obreros y campesinos en general para que siga cantando y orientando a nuestro pueblo en su segunda emancipación.